

Se quitó las gafas

Página 1 de 7



y, ella, Susi, el bolso y el abrigo de encima de la cama pensando en hacerla y ordenar un poco la habitación que, si las musas se mostraban propicias, sería grande, espaciosa y bien iluminada, con sus cortinas y su descalzadora y su alfombra y su coqueta y su...

Eso, mira, para arrancar puede valer. Con unos cuantos metros cuadrados bien descritos y un ventanal hermoso...

¿Quedaría bien que entrara el sol?

Yo echaría las cortinas.

¿De qué color?

Si empezamos con pijadas...

No me importa empezar con pijadas. Con pijadas y cuantas más mejor se pueden llenar unas cuantas páginas, y, luego, ya...

Bueno, pues de flores.

A mí me apetecen más blancas y, encima de la coqueta... ¿Qué pondrías encima de la coqueta?

Unos guantes largos, un collar de perlas, un juego de tocador de cristal de murano, un cepillo de plata...

No sé si voy a poder yo con tanto lujo.

¿Qué quieres entonces?

Algo sencillito, sin demasiados adornos ni descripciones que me obliguen a pararme en cada detallito. Quiero ir directamente al grano.

¿En la mejilla de una adolescente?

Pobrecita, con lo que las adolescentes sufren cuando tienen un grano.

Pues de pimienta, o de café, o de arroz o de mostaza.

No me distraigas con bobadas. Quiero algo interesante, estrenar de una vez la libretita, pero sólo con algo que pueda atrapar el interés del lector tan pronto le eche la vista encima.

Un asesinato. Un muerto en la primera página dicen que engancha mucho.

Ya, pero, así, de buenas a primeras y hasta a lo mejor sin conocerlo no me veo yo con muchas ganas de matar a nadie. Y para que luego, encima, resulte que, por lo que sea, me cargue por error a un pobre hombre que ni sabe de qué va la cosa ni tiene la culpa de nada.

Pues una mujer. Una mujer muerta luce mucho, sobre todo si es guapa. Y no te digo nada si además está desnuda y tiene una melena muy larga, desparramada sobre la alfombra con las uñas y los labios pintados.

Te he dicho que no quiero adornos.

Pues sin pintar. La matas, la desnudas y ya está.

¿Y luego qué?

Luego vendrá alguien, el marido, la asistenta, el amante, y se la encontrará. No puede ser tan difícil encontrar una mujer muerta en una alfombra...

No; si sí. Si a la vista debe de saltar, seguro. Pero, así, en lo que digamos la vida cotidiana, a mí me parece que es más difícil encontrarse una mujer muerta y desnuda que una aguja en un pajar.

Si ves tantos inconvenientes podemos pensar otra cosa si quieres.

Creo que lo que es por hoy no tengo ganas de pensar más. Damos la sesión por terminada, tú te quedas aquí, contando despacito y con buena letra las palabras, y yo me voy a fregar los cacharros, o a duchar, o a alguna parte fuera de este círculo vicioso del que no sé cómo salir maldita libretita de los (...) que me está destrozando los nervios.

Y la señorita Susi apagó la luz pensando que, antes o después, mañana sería otro día. Y durmió, según contaría luego la leyenda, toda la noche de un tirón.

¡La leyenda de la señorita Susi!

Un título prometedor.

Sí.

Y terminó de fregar los cacharros, y se secó las manos en el trapo de cocina, y regreso a su butaca para seguir pensando qué escribir sin decir nada que fuese ni la verdad ni la mentira suya ni las verdades ni las mentiras de otras gentes.

Eso sería estupendo.

¿Escribir historias de gentes sin historia? ¿De gentes sin pasado ni futuro? ¿Sin recuerdos ni proyectos?

Historias de gentes que no viven en historias ni de historias ancladas en pasados ni pendientes de futuros. Gentes que no cuentan que irán ni que vinieron, que no dicen ni dije ni diré de luego ni de entonces, ni para qué ni por qué ni pero es que...

Pero, es qué...

Ya, ya, sí, pero es que. Tienes razón, lo entiendo. Pero es que es eso, exactamente eso lo que quiero escribir ¿Lo entiendes?

¿Y que puedes escribir de gentes sin contar si irán o si vinieron? ¿Sin poder dar razón de sus entonces ni de justificar sus luego?

Ni sus para qué que den sentido a los porqués con que argumentar sus pero es que.

Pues, hala, tira.

No sé hacerlo.

A mí me parece que puede dar para mucho.

Pero no se hacerlo.

¿Cuento las palabras y cerramos?

Sí.

Fin*

*De las 756 palabras que, le dije a la señorita Susi, hubieses escrito si en vez de perder tu tiempo dando vueltas a este nuevo intento de pensar en qué escribir te hubieras decidido a estrenar la libretita escribiendo que mientras intentabas encontrar algo que escribir te preguntabas qué escribir de la vida sin contar nada que esperases de la propia vida y de la vida de esos otros que, preguntándose qué esperaban de sus propias vidas y de las vidas de los otros que sin contar ni de dónde vinieron ni adónde irían y sin decir de luego ni de entonces, vivirían preguntándose qué contar sin decir nada que fuese ni la verdad ni la mentira suya ni las verdades ni las mentiras de otras gentes que, sin contar ni de dónde vinieron ni adónde irían, vivirían preguntándose por el sentido de sus vidas sin poder dar razón de sus entonces que justificaran sus luego ni sus para qué dando sentido a los porqués con que argumentar sus pero es que.

Si en vez de emplear mi tiempo, me contestó, dando vueltas a este nuevo intento de pensar en qué escribir hubiese decidido estrenar la libretita contando que mientras encontraba algo que escribir me preguntaba qué escribir de la vida de esas otras gentes que sin contar ni de dónde vinieron ni adónde irían y sin decir de luego ni de entonces vivirían preguntándose qué contar sin decir nada que fuese ni la verdad ni la mentira suya ni las verdades ni las mentiras de otras gentes habría contado yo que ni contaban de dónde venían ni adónde irían y que vivirían preguntándose cuál sería el sentido de sus vidas sin poder dar razón de sus entonces que justificaran sus luego ni sus para qué dando sentido a los porqués con que argumentar sus pero es que y que, dijo también, eso sí que hubiera sido perder todo el tiempo empleado en pensar cómo escribir sin contar nada de ellas.

¿Por qué?

Porque hubiese contado que ni contaron ni contarían de dónde vinieron ni de adónde irían ni ellas mismas ni esas otras gentes de las que ni contaron ni contarían. Y si hubiese hecho tal cosa habría utilizado la libretita en traicionarme a mí misma.

Y que además, aunque hubiera elegido traicionarse, dijo también, ella no conocía a nadie que no contase ni dijera conocer a alguien que no contara ni dijese de dónde venía ni adonde iría; y que cómo habría podido ella escribir de alguien que no contase ni las verdades ni las mentiras ni el de dónde vinieron y el adonde irían ni el luego ni el antes de gentes que ni conocía ni lo conocían.

Fin**

**del Fin* en el que en 451 palabras se da cuenta de lo que la señorita Susi no escribió mientras, quitando el abrigo y el bolso de encima de la cama pensando en ordenar una habitación que si las musas se mostraban favorables sería grande y, si se mostraban esquivas — como por propia experiencia, colgando el abrigo en la percha, ella muy bien sabía —, sería pequeña y hasta, si fuese necesario, sin cortinas ni descalzadora ni alfombra ni coqueta ni un triste gancho detrás de la puerta en el que colgar el bolso dando vueltas sin saber qué hacer con él ni dónde dejarlo porque lo que no estaba ni estaría dispuesta a consentir en modo alguno era que, cuando alguien leyera lo que alguna vez sería la leyenda de la señorita Susi si se decidiese a alguna vez escribirla, nadie (o alguien, pero ahora no tenía tiempo de afinar en qué sería más exacto tan ocupada, como estaba, el limpiar los cristales) pudiera sacar conjeturas ni verdaderas ni falsas de quién era ella, ni de si tenía o no un gancho detrás de la puerta del que colgar su bolso del que siempre se olvidaba de sacar las gafas y la pitillera, ni de cómo ni de dónde vivía ni de la rabia que le daba cuando, al ir a echar mano de los cigarrillos ya sentada y dispuesta a pensar en qué escribir, tenía que volver a levantarse para ir a buscar el bolso y encontrarse — en el bolsillito interior ese que siempre va con cremallera — el resguardo del taller de arreglos al que llevó un vestido porque debía de ser que había engordado y se le había quedado estrecho o, si no había engordado, la receta de cómo cocinar los niscalos que compró hacia cuatro días y se le terminarían estropeando si, para que no se le olvidase y tener que terminar tirándolos, no bajaba inmediatamente de la escalerita plegable que solía utilizar cuando en las noches de invierno se veía obligada a alcanzar el edredón que guardaba en verano en la balda

de arriba del ropero y, sin terminar de limpiar los cristales ni saber aún — con tantas cosas como hay que llevar en la cabeza — dónde colocar ni el bolso ni el gancho, volvía a ponerse los zapatos e iba a comprar una botella de vino blanco en la tienda de la esquina antes de que la cerraran y sustituyeran por una oficina bancaria que, sí, podría resultarle muy cómoda si era de la misma entidad en la que ella tenía su cuenta corriente, pero, si la entidad fuera otra, no le vendría bien el cambiar todas sus domiciliaciones y le resultaría más práctico, en tal caso, que abrieran una tienda de electricidad que tener a mano a la que acudir a comprar la bombilla del pasillo que estaba fundida y, para que no se olvidase, buscó en el cajón de arriba a la derecha de la mesa escritorio la libretita de pastas rojas en la que, chupeteando la punta del bolígrafo para darse una tregua, acostumbraba garabatear entre reproches y sobresaltos de la vida insustancial y cotidiana palabras sueltas y dibujillos y, allí, escribir en un nuevo renglón:

Bombillas 1

Pero, para tu sorpresa, la libretita de pastas rojas no estaba en el cajón de la mesa de siempre y terminó, tras mucho buscarla lamentándote de Susi por qué no serás más ordenada, por venir a aparecer en el cajón de las cucharas...

Ahí no.

¿Qué problema hay?

Pues que rima. Y si rima y lo escribiese cualquiera que lo leyese pensaría que lo he hecho adrede.

¿Quieres que la busquemos en otra parte?

No serviría de nada, imagino, si, por más vueltas que pudiera darle hasta terminar mareada, se obstinase ella, estúpida libretita, en no aparecer en otra parte que no fuese el cajón de las cucharas.

Fin***

*** del Fin** del Fin*

Fin****

El despertador de la señorita Susi¹⁵

Se quitó las gafas

Página 7 de 7

**** del Fin*** del fin** del fin*



INFO ABOUT RIGHTS

2305164337237

www.safecreative.org/work